

*El acontecimiento será
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

EDITA

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.pangea.org/spie/iem>

Correo electrónico:

iem@pangea.org

CONSEJO DE REDACCION

Luis A. Aranguren Gonzalo

Ángel J. Barahona

José María Berro

Antonio Calvo (*Presidente
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

José Fernández (*SOLITEC*)

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Mercedes Muñoz

Manuel Sánchez Cuesta

Andrés Simón

Rafael Á. Soto

José María Vinuesa

Correo electrónico Director:

lferreiro@interbook.net

*El Instituto Emmanuel Mounier
trabaja desde la sociedad civil al ser-
vicio de los valores de la persona en
comunidad. Todas las personas que
colaboran en esta revista y en el resto
de sus actividades lo hacen de mane-
ra voluntaria y desinteresada.*

Periodicidad: trimestral.
Administración, suscripciones,
publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Diseño y producción:



LA FACTORÍA DE EDICIONES

Plaza de Callao, 1 - of. 407

E-28013 Madrid (España)

Teléfono/Fax: 91 521 32 20

Poesía y espíritu

José Manuel López Rodrigo

Escritor mexicano

Creo que mi época es la suma de un largo proceso histórico que ha entrado en crisis. Desde hace varios siglos la humanidad se empeñó por un derrotero en que la búsqueda de una sociedad más justa y racional fue sacrificando lentamente a la persona, a la palabra y al sentido espiritual de la vida en beneficio de una colectivización ideológica y técnica. En este proceso han jugado un papel importante los inquisidores, los ideólogos, los políticos y, ahora, los tecnócratas. Cada uno de ellos, pensando en cómo mejorar la situación del hombre, se ha embarcado y nos ha embarcado en un viaje en donde los derechos de las personas han sido violentados y el mundo de Dios, que creó para su placer, devastado, hasta el grado de que la propia persona ha quedado enajenada en medio de un mundo en el que el materialismo es exaltado en todas sus facetas. Ya casi nadie, como afirmaba Tarkovski, piensa en sí mismo «en el sentido en que Cristo lo predicó: 'amarás a tu prójimo como a ti mismo'». Si no nos conocemos en nuestra realidad espiritual no podemos amarnos y si no nos amamos es imposible conocer en el otro o en los otros ese principio Divino, suprapersonal, que nos constituye como personas y que nos lleva a amarnos y a amar la Creación. Amputados de lo Divino, e inmersos en un mundo de lenguajes, de objetos y de seres sin significado trascendente, todo se nos presenta, ya no como una realidad que hay que proteger y hacer crecer, sino como una resistencia a vencer y someter. Todo el universo de la técnica no es más que la exaltación de lo artificial que al ir suprimiendo la naturaleza ha ido borrando los vestigios de Dios y, en consecuencia, lo sobrehumano y espiritual que hay en la Tierra.

Esta pérdida de los significados trascendentes es también una pérdida de la experiencia profunda de la lengua.

La estructura de nuestras relaciones sociales y, por lo mismo, la estructura de nuestras relaciones lingüísticas, se ha «desarrollado» de tal forma que la gente ya no se cuestiona a sí misma. Se ha convertido en mero instrumento de las ideas y ambiciones de otras personas igualmente enajena-

das. La idea de que cada uno es responsable de sí mismo y de los demás ha desaparecido de nuestra experiencia vital. Pensamos en el bien común desde una óptica degradada: sometimiento a una ideología o a una simple y mera competencia en el mercado. Los individuos nos utilizamos y nos explotamos sin ningún miramiento.

Hemos llegado, pues, a una encrucijada en la que esta dialéctica nos deja insatisfechos. Entre más humillamos a nuestro prójimo y a la naturaleza en nombre de un bienestar material que nunca llegará para todos, más nos sentimos insatisfechos. El enriquecimiento material ha ido acompañado de una merma espiritual. «Hemos llegado —dice Tarkovski— al punto en el que parecería que somos incapaces de controlar nuestros logros materiales [y nuestros deseos] para poderlos utilizar en nuestro propio beneficio [espiritual].»

Creo, por lo tanto, que la única manera de hacer frente a esta crisis es a través de la poesía y de un retorno a la espiritualidad. La poesía es una revelación del misterio de la vida. Creo que ella ha sido una de las formas más sublimes en que el hombre ha preservado su espíritu del ímpetu de las cosas materiales que constantemente lo amenazan. No es casual, en este sentido, que la poesía hasta recientes fechas (cuando la pérdida del sentido artístico llegó hasta nuestros clérigos) haya florecido en el contexto de los objetivos y de la experiencia religiosa. Es una forma en la que el espíritu, a través del principio formal del cuerpo, armonizaba la materia y creaba un equilibrio en el que lo invisible se hace visible.

Por ello, la poesía ha escapado siempre al consumo. Al ser su objeto la expresión de lo espiritual que hay en la vida, y manifestar el significado y el sentido infinitos de ella, no puede ser degradada. Este hecho hace, por lo mismo, que la poesía no pueda ser consumida por las masas. Tratar de llevarla a ellas (como lo intentó hacer el realismo socialista o el muralismo mexicano) es degradarla. La poesía, el arte, como revelación, es una aspiración del hombre al infinito y hacerla descender a las masas, enajenadas por el consumo materialista de nuestra sociedad, es destruirla. En todo ca-

so, son los hombres, que hacen parte de la masa, quienes deben elevarse hacia ella. La poesía no excluye. Pero en tanto expresa lo más sustancial que hay en la vida, en la Creación de Dios, es exigente. Ella invita constantemente a las personas a detenerse, a contemplar la vida en su intimidad y, en consecuencia, a contemplarse a sí mismas a la luz de aquello a lo que la poesía da forma. Invita a descubrir lo que la lengua, vinculada a la Creación de Dios, quiere decir. Por ello su invitación es una exigencia que tiene que ver con la negación de los valores aprendidos y con la detención del flujo materialista que envuelve nuestra existencia y, por lo tanto, con un sacrificio.

Y en efecto, constantemente el hombre se repite que el sentido de la existencia humana es la felicidad. No lo dudo. Pero la felicidad aquí en la tierra no existe. Existen la paz de la conciencia y del espíritu, que la prefiguran. La vida, en realidad, es una tensión dolorosa, un sacrificio constante. Sin esa tensión ¿cómo podríamos elevarnos a las cimas del espíritu? En este sentido me gusta mucho *La peste*, de Albert Camus, en la que el escritor francés expresa el valor fundamental del sacrificio como acto de amor. En ese drama, amputado, sin embargo, de la fe en la trascendencia, Camus nos despliega esa conmovedora frase de Cristo: «Nadie ama más que aquel que da la vida por sus amigos». Un pasaje me es muy grato. Aquel en el que Rambert, el periodista atrapado en la ciudad de Orán, sitiada por la peste, con su salvoconducto para salir de ella y reunirse con la mujer que ama, descubre que el doctor Rieux, quien está al

frente de la lucha sanitaria contra la peste, ha decidido permanecer en Orán, a pesar de que su mujer, muy enferma, lo aguarda en París. Al saberlo, Rambert, avergonzado, rompe el salvoconducto y toma su puesto en las brigadas sanitarias de Rieux.

Lo que me sobrecoge de este pasaje, hasta tocar las más profundas fibras de mi corazón, es la renuncia a la felicidad en nombre de la búsqueda de la felicidad de cada uno de los seres humanos que componen este mundo. Rambert, como cada uno de nosotros, tiene derecho a ella y, a lo largo de la novela, deseamos que realmente logre salir de Orán. Sin embargo, el periodista se nos hace más amado cuando, por un deber que se transforma en amor, renuncia a ella para servir a aquellos que, sitiados por la peste, no pueden conquistarla. Para que la felicidad sea libre y plena es necesario que no tenga de qué avergonzarse. «Dar —vuelvo a Tarkovski— un sentido a la 'felicidad' es menos importante que ser capaces de vigorizar nuestra alma en la lucha por esa libertad que es, en el verdadero sentido de la palabra, Divina.»

La poesía, en la medida en que retorna a la sustancialidad del lenguaje y, por lo tanto, del ser, revela lo que de mejor hay en el hombre: la esperanza, el amor, la oración, la búsqueda de todo lo que es trascendente y Divino.

A veces estas verdades, como en la vida de los santos, se despliegan en la existencia de un hombre y entonces la poesía se vuelve acto. Pienso, por ejemplo, en Maximiliano Kolbe, el franciscano que, prisionero en Auschwitz por ocultar en su convento

judíos, se canjea por otro prisionero condenado a muerte y muere, junto con otros, de hambre y de sed en los sótanos de aquella espantosa prisión.

La poesía, como la plenitud de una vida, es, por lo tanto, una confesión que refleja, por un lado, el verdadero sentido de nuestra existencia: el amor y el sacrificio; y, por el otro, el significado mismo de las cosas y de los seres en Dios.

Si la humanidad se encuentra en un callejón sin salida es porque ha extraviado el sentido de su existencia: esa doble realidad, canjeándola por un materialismo desespe- ranzador.

Por ello, no me gustan los poetas que dicen que crear es un acto feliz y se acomodan pronto al universo materialista de nuestra sociedad.

Prefiero a aquellos que, al sacrificarse en aras de la verdad que los solicita, han buscado también vivir una vida ajena a los procesos históricos de nuestra civilización. Me gusta, en este sentido, un poeta como Lanza del Vasto, quien al lado de su poesía construyó una comunidad agrícola y orante en donde el hombre pudiera recuperar su libertad; o como san Juan de la Cruz, empeñado en llevar los descubrimientos de su poesía a una reforma de la vida comunitaria del Carmelo, en el sentido de la austeridad y del amor.

La poesía es así un redescubrimiento de la vida y de nosotros mismos en ella; una revelación de la verdad absoluta en donde entrevemos el infinito misterio al que somos llamados, y una invitación a transformarnos en el sentido de ese llamado.

IMPRESO PARA DOMICILIACIÓN BANCARIA

fotocopie y envíe este formulario

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8° D / 28005 Madrid)

Nombre
Apellidos
Domicilio
Población Provincia C.P.
Banco o Caja
Domicilio del Banco o Caja C.P.
Agencia número Número de cuenta

Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números)

Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Importe: pesetas, que corresponden a (marque lo que corresponda):

- ☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 2.000 pesetas).
☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 4.000 pts./año).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha
Banco o Caja
Domicilio del Banco o Caja C.P.
Agencia N°
N° de cuenta

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el **Instituto Emmanuel Mounier** con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma:

Titular
Domicilio
Población C.P.